

SOCIOLOGÍA Y PARRESÍA: UNA TEORÍA COMO NACIDA DE UNA PESADILLA DE SPINOZA

Sociology and parresia: a theory born from a nightmare of Spinoza's

Gabriel Restrepo¹

Resumen

Más allá de la reflexividad, del observador de tercer nivel, del pensador que se piensa al pensar y de la auto-etnografía se ensayan confesiones que en la vía de San Agustín y Rousseau y en clave de psicagogía y parresía den razón de la experiencia más profunda del sociólogo para redimir su propio *pathos* con una *Teoría Dramática y Tramática de las Sociedades*. A partir del significado del destino se condensa el núcleo de dilemas vitales que en la infancia determinan variaciones entre fatalidad (*fate*) y designio de vida (*destiny*). De este modo se explica la creación de una teoría compleja tras-disciplinar cuyo motivo fundamental ha sido la comprensión y cura de sí mismo, tomada la totalidad de la experiencia del sociólogo como *experimentum crucis* y en esta prueba ácida de una modalidad de ontología se demuestra la pertinencia para transformar un destino fatal en designio creador y su relevancia para comprender nación y mundo. Se insiste en el vínculo entre sociología y ciencias sociales con las artes y letras e incluso con las ciencias de la salud.

Palabras claves: Fatalidad; Destino y designio; Teatro y teoría.

Abstract

Beyond the ideas of reflexivity, third level of observation, thinker which thinks himself in the act of thinking and auto-etnography, in this paper the author uses the ideas of psychagogic and parrhesia so as to understand his living pathos that has accompanied the building of his Dramatic and Tramatic Theory of Societies. Fate, destiny and life's design are judged as infancy's dilemmas, whose solutions must be explored in the curse of life. The individual and personal struggles are viewed as an *experimentum crucis*: if the individual freedom would gain over the fatal odds, then it may be a ontological proof that the theory would be useful to the understanding of national and global problems.

¹ Escritor, sociólogo (Bogotá, 1946). Profesor asociado de la Universidad Nacional de Colombia, ya pensionado, de cuyo departamento de Sociología fue director y fundador de la *Revista Colombiana de Sociología*. Fue vicepresidente y presidente de la Asociación Colombiana de Sociología en varias ocasiones. Ocupó puestos de exigente responsabilidad técnica entre 1982 y 1992 como Subjefe de la Unidad de Desarrollo Social, asesor de Jefatura y de Sub-jefatura en el Departamento Nacional de Planeación, lo mismo que Coordinador del Consejo Nacional de Normalización en la Consejería de Paz encargado de la reincorporación a la vida civil de tres mil excombatientes, entidades adscritas a la Presidencia de la República de Colombia. Fue subdirector y director del Comité de Programas y cuarto vicepresidente de la Junta Mundial de UNICEF. Cuenta con cerca de 40 libros y 130 ensayos académicos. Ha desarrollado una *Teoría Dramática y Tramática de las Sociedades*. Lleva diarios personales desde 1963, ha escrito 14 libros de poemas y prepara la edición de una novela en la cual ha trabajado en dos décadas. Reside desde hace seis años en el municipio colombiano de Arauquita en la frontera con Venezuela. Es vicepresidente ad honorem del recién creado Instituto Alter Fórum de Estudios del Sahara Al-Ándalus (IAFES) y consejero Curador de la Biblioteca Latinoamérica de la Fundación Darcy Ribeiro. Correo electrónico: garestre@gmail.com

Keywords: Fate; Destiny; Design; Theater and theory.

I. Una teoría *tramática* para transformar la fatalidad en libre diseño

Quien por una mezcla de azar y destino ha dedicado cerca de medio siglo a elaborar bajo la Constelación del Sur una *Teoría Dramática y Tramática de las Sociedades* con la aspiración de que sea tan pertinente como relevante, ha corrido el riesgo de evaporarse por solipsismo en cada recodo a falta de correspondencia. Con ello ha temido erigir construcciones meramente imaginarias que por ausencia de resonancia sean como un globo de papel del cual se despeñe como pobre Ícaro, más si tal teoría se ha diseñado con alas poéticas y estéticas para dar vuelo a las ciencias sociales.

En este ensayo ofrezco razones de esta peregrinación, aunque el cuerpo teórico quedará subsumido en el relato narrativo², pero no obstante se da un idea indirecta en esta secuencia: la doble vocación literaria y teórica como cura de sí y dinamismo de la creatividad; su génesis como traducción de traducciones del mundo interpretado en clave de eclecticismo entendido en su etimología como leer y escribir desde afuera, *ek legein*; su entronque con las ciencias sociales, las artes y las letras; sus cinco dimensiones en analogía con el teatro; racionalidad y afectividad, saber y sabiduría, papel de las pasiones; *techné*, *poiesis*, circulación de dones, socialización; su sustento en la teoría del conocimiento con énfasis en su ancla ontológica en la doble vuelta de la sensibilidad a la razón de la razón; estrategias de indagación; Colombia y *América Ladina* como referentes³.

Como quiera que el neologismo “*tramático*” es sustancial, lo justifico aquí. Así como de drama proviene el adjetivo dramático, cuya importancia radica en el paralelismo de teoría y teatro, lo *tramático* convierte el sustantivo “trama” en adjetivo crucial. Con dos aplicaciones: dada la índole compleja de la teoría por trenzar lo disciplinar con lo inter y tras-disciplinar,

² Referencias extensas a la teoría se hallan en RESTREPO 1019; 2021; 2021b.

³ El neologismo de *América Ladina* fue acuñado por la excepcional antropóloga brasileña Leila Rodríguez ((1935 -1994) y por tanto amplía la denominación que he trabajado de la región como América Ladina, por incluir a África. Hija de un trabajador ferroviario afrodescendiente de Belo Horizonte y de una empleada de servicio indígena, encarnó la horizontal perfecta de la promesa de lo zambo como igualdad intercultural desde el humus. Un buen perfil de su trayectoria se puede consultar en LASA, 2019.

los conceptos han de formar trama y urdimbre. Urdimbre es coherencia, como en el cuerpo el esqueleto y el sistema nervioso; trama apunta a los nexos como tejidos, ligamentos y flujos. Complejo es lo que está ordenadamente entretelado y la teoría, como telar, debe diseñar sus cinco dimensiones⁴ de modo que nada que sea relevante se pierda de vista. Contrario al especialista que debe saber cada vez más sobre cada vez menos, el teórico ha de alzar su mirada en un panorama amplio con la flexibilidad para conjugar dos visiones: aquella que indica que “los árboles no dejan ver el bosque”, pero también la contraria que argumenta que “el bosque no deja ver los árboles”. En otros términos, ductilidad para transitar de lo singular a lo general y de lo abstracto a lo concreto. Por lo cual se esfuerza en saber cada vez más sobre más y más temas entreverados.

En tal sentido lo *tramático* alude al cuidado para no olvidar ningún nexo crucial. Pero la teoría también se propone como cura, ante todo cuando se refiere a los sujetos y en particular al sujeto que construye teoría. “Uno ha de estar enfermo de su tiempo para poder tener algo que decir respecto al posible diagnóstico de su época”, asegura uno de los autores que más se ha consagrado a contemplar el pensar como cura de sí mismo y aún de la sociedad, hasta el punto de plantear la urgencia de la conversión de los individuos mediante una nueva antro-po-técnica (SLOTERDIJK, 2001; 2002; 2011). Si no es del todo cierta la exageración de un analista de que “el psicoanálisis es la enfermedad que cura”, por cierto no es recomendable

⁴ Dimensión desconocida, la más importante, como *Deus Ex Machina* del teatro, pero aquí lo desconocido penetra cada una de las otras cuatro dimensiones: 1) naturaleza inorgánica, orgánica y fabricada como escenario; 2) mundos de la vida en plural como *dramatis personae*: individuos y personas envueltos en familias y comunidades; 3) sistema social globalizado por su uniformidad como nudo dramático (Peripecias, anagnórisis o *anerkennen*) integrado por cuatro poderes: económico (dinero), político (autoridad), mediático (visibilidad) y académico (educación) como el juego de pasiones tristes o alegres y violentas o calmas de actores agrupados en estratos y regidos en campos por instituciones cuyo eje es la producción, distribución y apropiación de los poderes; 4) dimensión de las culturas como texto o guía de los dramas mediante símbolos a) científicos, tecnológicos y técnicos; b) estéticos y expresivos; c) éticos e integrativos, como derecho, moral, ideología, códigos de costumbres; c) *poiesis* simbólica profunda: mitología, magia, religión, imaginarios, filosofía, sapiencia. Entre ellos hay condicionamiento de naturaleza a cultura y configuración de la cultura a la naturaleza. La principal articulación es la socialización comprendida de modo semántico como inscripción del sema en el soma. *Techné* y *poiesis* quieren decir ambos el paso de la nada al ser y deberían cooperar en todos los niveles, pero no suelen hacerlo: la primera se centra en los modos y medios, la segunda en los fines. La teoría parte de que toda acción es pasional y por tanto atiende tanto a la racionalidad como a la afectividad en la acción. Propone la idea central de sabiduría como equilibrio de una y otra o como amor a los saberes por medio de los saberes del amor orientados a potenciar la vida como *poiesis* en los dones orgánicos, afectivos en los mundos de la vida, solidarios en el mundo del sistema social globalizado y creativos en el plano de la *poiesis* simbólica encarnada en las dimensiones de la cultura.

confiar a alguien muy novato el diálogo psicoanalítico donde se truecan por la transferencia dones recíprocos de afecto y razón. Porque como ocurre con los chamanes con gracia llamados *The wounded healers*, (HALIFAX, 1982) se necesitan muchas heridas y sanaciones para pretender curar a otros. Y si bien sería pretensioso transformar el mundo o la nación, sería inexcusable no mudar el pensador de conciencia indispensable para abrirse con gracia al pensamiento del mundo.

El tópico va más allá de la predicada reflexividad, de la auto-etnografía, del observador de tercer nivel, del pensador pensado al pensar el pensar. Refleja la urgencia de alimentar de experiencia total al pensamiento para que no sea vicario. Trasciende el gesto decolonial por situar la vivencia reflexiva en primer plano con la ventaja de mayor libertad para seleccionar del pensamiento universal cuanto sirva para el propio autodescubrimiento sin perder tiempo en lamentaciones en torno a que hemos sido mal pensados por otros u otras.

En alguna ocasión argumenté a un muy buen pensador colombiano situado en la frontera de los estudios culturales en torno a la falta de consecuencia de Michel Foucault porque su enorme contribución al traer al presente los conceptos clásicos de psicagogía y parresía como decir verdad de vida y muerte (FOUCAULT, 1994, 2002, 2009, 2010), quedaba manca al no aplicarlos a su propia experiencia. Esto ocurrió hace un lustro, mucho antes de esa acusación banal y extemporánea sobre supuestas excentricidades en la vivencia del galo en Túnez. Me replicó que mi argumento carecía de validez al tratarse de un intelectual insigne al que le basta pensar la sociedad. Pero yo justamente recuso el concepto canónico del intelectual, más si adopta la figura del mandarinato. Por ello prefiero agruparlo en la categoría de creadores *tramáticos*, intelectuales o no, responsables primero ante su propio pensamiento, luego ante lo pensado, partiendo de una exigente introspección y de la mayor inteligencia entendida como *intus legere*, leer adentro⁵.

El adjetivo traumático rima con el neologismo traumático. La ausencia de entretejido en un cuerpo físico o teórico se puede estimar como

⁵ Para las referencias al latín uso esta entrada: GARCÍA DEL RÍO, 1958.

trauma por falta de circulación. Un político colombiano cuyo magnicidio sacudió a Colombia el 9 de abril de 1948, Jorge Eliécer Gaitán, aludió a “quistes epistemológicos” que obturan el pensar: puntos ciegos de la reflexión tercos a los cambios. Sucede también en lo individual y ha afectado la marcha del pensamiento en todas las épocas. En lo individual, cada cual arrastra en su trayectoria uno o varios traumas. Como ahora el miedo a la muerte por la pandemia. Me he esforzado en aproximar de modo algo más que intuitivo las ciencias sociales a las ciencias de la salud y estas a aquellas desde los puentes iniciados por Rudolf Virchow, Claude Barnard, Walter Cannon e incluso los biólogos Maturana y Varela por el concepto de *autopoiesis* que entrelaza biología, ciencias de la salud y ciencias sociales. Y no por azar la pandemia aparece como un escenario privilegiado para explorar ámbitos comunes.

Por olvidar psicagogia y parresía querellé siempre contra Freud y sucesores, sin menospreciar sus aportes. Fue comprensible por la herencia victoriana que erigieran el saber con una obsesión por borrar huellas, y no solo las teóricas, como las enormes de la filosofía y del romanticismo europeo, sino las de propias dolencias, no del todo curadas y a menudo transmitidas como regalos envenenados, como sucede de modo inevitable en toda tradición. Lo que no invalida al psicoanálisis, antes bien urge a quien lo respeta para intentar un psicoanálisis del psicoanálisis amparado en la amplitud de la *Teoría Dramática y Tramática de las Sociedades*. En esa senda es admirable que el mismo Freud maduro hubiese declarado en uno de los ensayos más lúcidos, “Análisis terminable e interminable” (FREUD, 2008, a) que la cura y el conocimiento de sí son tan arduos como ya lo presintiera Heráclito en tres fragmentos luminosos: “Anduve buscándome a mí mismo (KIRK Y RAVEN, 1979: 300, fragmento 249). Dificultad que radicaba en que: “El carácter del hombre es su *daimon*⁶ (fragmento 250)”. Y

⁶ Como el concepto de *daimon* irá y vendrá en varias ocasiones, aquí lo esclarezco, aunque sea consciente de que posea distintas capas. Conviene mucho cotejarlo junto al *angeloi*, ambos términos griegos con el significado preciso de mensajeros. Con una advertencia: no reducirlos a las traducciones católicas como demonio y ángel. En mi visión, el *daimon* podría asociarse al *Ello (Das Es)* de la versión de Freud e incluso con mucho provecho al *conatus* de Baruch Spinoza, la tendencia de cada ser a persistir en su ser. Es una gracia especial que en español *Das Es* se enuncie como EL/LO como si remitiera a una fuerza impersonal y neutra, ni masculina ni femenina, o tanto masculina como femenina, ni moral ni amoral. Es el inconsciente no solo personal, ni solo actual, sino colectivo y

una secuela prodigiosa: “No llegarás a encontrar, en tu camino, los límites del alma, ni aun recorriendo todos los caminos: tan profunda dimensión tiene” (KIRK Y RAVEN, 1979. p. 290, Fragmento 235).

2. Fatalidad y designio. Los diarios/nocturnos como bisagra entre la vocación literaria y el *Beruf* sociológico

Por inmensa fortuna el último Zygmunt Bauman comparó la tarea de la sociología y de las ciencias sociales con la creatividad poética: “la historia como la poesía descubren en cada nueva situación posibilidades antes ocultas”. La vocación de la sociología, su *calling*, es la lucha por transformar la fatalidad (*fate*) en destino (*destiny*), tanto más en sociedades líquidas caracterizadas por el caos y la incertidumbre (BAUMAN, 2000), a lo cual yo añadiría que al transitar por sociedades atmosféricas - como es forzoso conceder - la volatilidad del ser, del pensar y del creer precisarían que el concepto clásico de anomia se refundiera con el de anarquía, entendiéndola en sentido clásico como falta radical de fundamentos.

Como indicaban Nietzsche y Peter Sloterdijk la existencia en tales condiciones se parece a las artes riesgosas del acróbata que ensaya sus giros en un trapecio sin red (SLOTERDIJK, 2011). Vivimos agarrados del aire, ángeles que por la gravedad somos propicios a precipitarnos como *dáimones* al regresar a un destino fatal si el destino no se ha transformado en designio, quiere decir en símbolos, tarea que es propia del *angeloi* que cada cual esmera en su existencia al depurar sus deseos, pues toda la épica se cifra en transformar lo *dia/bólico* (esto es lo segregado) en *sim/bólico*⁷.

tras/temporal. Así que *el daimon* le viene a cada cual por lo “bajo” (quiere decir, de la naturaleza, del pasado, del genoma, de la cultura, del mundo, de la nación, de la familia), en tanto que el *angeloi* encarna lo perfectible del deseo (también personal y colectivo) y por ende del futuro, sea del propio como *senex* que cada *puer* contiene como proyecto, sea de la especie como integral de los ideales personales y colectivos. Si se quiere una doble figura para apreciar las polaridades, se podrían superponer las máscaras de comedia (izquierda) y tragedia (derecha) con la doble faz del Dios Jano: pasado a la izquierda, futuro a la derecha y sobre ellas *daimon* (izquierda) y *angeloi* (derecha). Las lateralidades son elocuentes y dependen de la división del sistema nervioso autónomo en el sistema parasimpático (izquierda) y el simpático (derecha) con las funciones de distensión y de tensión, analogía que brinda muchas posibilidades de expansión semántica si además se remiten a la división de funciones de los hemisferios del cerebro y su primacía analógica (derecha) y digital (izquierda).

⁷ De nuevo conviene retrotraer a los significados griegos prescindiendo con mucho cuidado de la superposición católica: *diabolein* alude a dos partes que corren separadas y con frecuencia antagónicas o al menos definidas por la *différance* tal como la pensó Derrida en sus tres términos (DERRIDA, 1967): diferencia, diferendo y diferimiento, muy al contrario del *simbolein* que alude a partes definidas por la correspondencia recíproca, como la *Tessera Hospitales*, la tablilla del recuerdo, el matrimonio, el contrato. Una cura de sí consiste en lo mismo que se propone una teoría holística:

Cadáver viene de *cadere*, la caída sin posibilidad de mayor vuelo. La pandemia ha venido para recordar que no somos ni los ángeles ni los dioses que la tecnología o la inteligencia artificial predicen (DIAMOND, 2007; HARARI, 2019), pese a que ellas reafirmen su poder en la rapidez de la solución de las vacunas que obrarán empero como placebo si no se acuerda otra relación con la tierra en una alianza de economía, ecúmene y ecología. Porque el problema no es solo relativo a una inmunología entendida en sentido alopatóico – sin desconocer su importancia- sino debido a la insuficiencia de cosmovisiones homeopáticas que definan el nexo entre salud y enfermedad desde un horizonte más holístico⁸ y por ende en un bucle más agudo de correspondencias entre el soma - el cuerpo-, y el sema - los sentidos definidos de modo más sutil. Así se demuestra por la “depresión” convertida en primera causa de morbimortalidad: entrecomillo por ser palabra de polisemia obligada para repensar lo pensado, por ejemplo, el nexo de depresión económica (ciclos de contracción), política (anomia y anarquía), fisiológica (inmunodeficiencia), psíquica (melancolía y estados asociados a ella) y aún ecológica (deforestación).

Nietzsche mostró a partir de un radical estoicismo y en una veta de Schopenhauer de la cual no abdicó, pese a su rebeldía, que el destino puede ser superior a la voluntad de poder, a la libertad del saber y a la fuerza del creer. Así lo suscribió en el tránsito hacia su locura con su última rúbrica: “Dionisos frente al Crucificado” en la coda del *Ecce Homo* (NIETZSCHE, 1967). Ingresó al sueño perpetuo de la razón obediente a su ley de hierro: *amor fati*, amor al destino aunque equivaliera a fatalidad: de hecho su última

entrelazar las distintas partes de la conciencia, del cuerpo o del texto teórico: sintetizar lo disyunto y separado.

⁸ Uso la definición latina de homeopatía introducida por Samuel Hanemann (1755-1843), sin comulgar con todo su cuerpo teórico y menos con sus recetas: “*similia similibus curantur*”, frase que es preciso traducir con empleo de los tres pronombres: “El semejante, la semejante, lo semejante cuida y cura al semejante, a la semejante, a lo semejante”, advirtiendo también que cuando se dice semejante se aplica no solo a la especie humana/femenina, sino a todas las especies, pues al fin y al cabo el *sapiens/demens* no es más que una fabulosa transformación de energías y de analogías, incluso de la naturaleza inorgánica. La alopatía procede por otra vía: “*contrarius, contrarium curantur*”: lo contrario cura lo contrario. He planteado que esta polaridad no del todo antípoda de las ciencias de la salud puede ser fecunda en tanto cosmovisión para repensar la teología, la filosofía, las ciencias sociales, la educación y aún parte de las ciencias naturales si se las toma como alteridades complementarias, esto es como símbolo y no como oposición binaria y diabólica. Siguiendo el mapa conceptual del cuerpo como gráfico situaría la homeopatía en el costado izquierdo y la alopatía en el diestro, correspondiendo el equilibrio al timo, situado en el medio de plectro, acompasado con la síncope y diástole del corazón y con la inhalación y expiración de los pulmones.

sección se llama “¿Por qué soy una fatalidad?”. Fue en el indómito rebelde la aceptación de la suprema lección de su repudiado maestro: el eterno retorno de lo igual, ya preanunciado en Vico y en cosmogonías universales muy diversas. De ahí esa punzante pesadumbre que se cierne sobre el pensador y que lo mueve, como a Cioran, a un radical pesimismo o, como a Camus al seguir a Kierkegaard, a la lucidez épica de un pensamiento rebelde contra la fatalidad del destino sin concesiones al consuelo de ideologías milenaristas, porque se vive con lucidez trágica. Por mi parte, yo me hallo por entero comprendido en dos sentencias iluminantes. La primera, una frase jubilosa del Bagahvad Ghita tal como fuera comentado por Gandhi:

Si atravesaras el océano de las pasiones en la barca del conocimiento saldrás indemne a la otra orilla (GANDHI, 2002).

Expediente para anudar vida y pensamiento, pero también vocación por la literatura y por las ciencias sociales han sido los diarios que iniciara en junio de 1963 y que por la importancia concedida a los sueños he renombrado como diarios/nocturnos. Ellos fueron desde el principio una estrategia para combatir la rutina y la depresión y por ende para progresar en el conocimiento de sí y en la cura de las pasiones tristes, como las denominaba Spinoza (SPINOZA, 1967).

La segunda sentencia proviene del filósofo que volvió a situar la ética como filosofía primera, Emmanuel Lévinas, junto a una estética que se diría recuperada de Baruch Spinoza con su *conatus* y su transformación del dualismo cartesiano de la *res extensa* y la *res cogitans* en la inmanencia casi panteísta de la *natura naturans* (naturaleza creadora) y la *natura naturata* (naturaleza creada). Con la cual pudo proclamar no la muerte de Dios, sino su descenso a tierra, esto es su inmanencia como la más sofisticada onto/teología que el judío askenazy domiciliado en Estrasburgo traduciría en una especie de corolario tácito como ver a Dios en el rostro del otro:

La aventura por excelencia de la predestinación consiste en elegir lo que no ha sido elegido (LEVINAS, 1987).

Ello equivale a la máxima beatitud serena concebible en el hermoso paréntesis de la existencia consistente en congraciarse con la plenitud de vicios y de virtudes al saber que estas no se hubieran esmerado sin aquellos,

siempre que se hayan superado por reconocidos; en admitir que el advenimiento de las luces es proporcional a la espesura de las sombras; y en conceder que los errores y los fracasos, mirados de frente con gran coraje, suelen ser, si razonados, el mejor expediente para alcanzar la máxima sabiduría. De nuevo es el significado de transformar el propio *diabolein* (la disociación y dispersión psíquica) en pleno *simbolein* (gracia y coherencia en la multiplicidad de la existencia traducida a conciencia) y contrarrestar el defecto del empirismo con una recolección analítica compleja.

Vale la pena empero no deificar al sefaradí, aunque por su distinción entre la potencia de la multitud y el poder del soberano (SPINOZA, 1967) avanzó como nunca antes en el diagnóstico de la génesis del pueblo raizal elevado a constituyente⁹. Cada cual resguarda mucha opacidad en sus transparencias, como se devela en el pasaje de una carta del 20 de julio de 1664 en torno a una pesadilla en la cual revelaba su repugnancia hacia el fantasma de “un negro brasileño sarnoso” (SPINOZA, 1988, 158; GONZÁLEZ VARELA, 2012; TATIÁN, 2018). Fue un fragmento onírico motivado quizás por alguno de los esclavos brasileños expuestos en un baile en Amsterdam al cual acaso asistiera por ser esclavista como su padre y su hermano Gabriel en sus haciendas azucareras de Pernambuco, antes de que Holanda fuera desalojada del nordeste de Brasil. Todos somos asimétricos en nuestros pensamientos y mucho más en relación a los actos. Y sí que fue disparate en aquel caso que lo retrajo a la tortura del Genio Maligno de Descartes (DESCARTES, 2020), en suma a su *daimon* y sin eufemismo hacia su *diabolein* personal, que afectó su grandiosa geometría en torno a la naturaleza activa y pasiva por introducir de modo hechizo una naturaleza intermedia entre la cadena trófica y la cadena patriarcal del esclavismo bajo la figura de un animal de forma humana, como sacado de los bestiarios medievales, que no merecía como en Grecia ser admitido en la asamblea política, un bárbaro, lo *unheimliche*, un monstruo ominoso, terrible y siniestro, en suma: un chivo expiatorio colectivo.

⁹ De paso, debo indicar que las versiones finales de este ensayo han sido pensadas y repensadas, escritas y reescritas en el mayor movimiento juvenil de toda la historia de Colombia, cuyos resultados y proyecciones son aún inciertos, pero sin duda entrañará un antes y un después de estas fechas de mayo. Esto ha representado una enorme dificultad para concentrarme, pero qué bendita dificultad tan enriquecedora.

Allí en esa pesadilla me veo pintado en fantasma, como si yo fuera al mismo tiempo el soñador y lo soñado y como si en ese *punctum* me hallara en el epicentro de *América Ladina*. Pues el pasaje sirve como preámbulo para exponer mis tinieblas más profundas. Que un “marrano” como fuera el filósofo, un expatriado, un hereje múltiple por repudiar catolicismo, cristianismo calvinista y comunidad étnica y religiosa judía – no obstante, partiendo de haberlas apropiado hasta el fondo-, sostuviera tan aberrante repelencia aunque en el paréntesis de una pesadilla, suscita inmensas meditaciones que en mi caso adquieren un sentido oracular denso y extraño. Anticipo que mucho de mi esclarecimiento teórico obedece a que he sido fiel a un verso prodigioso de Rainer María Rilke: “No pienses nunca que el destino sea distinto a la densidad de la infancia”. Densidad se nombra en el verso con la palabra *Dicht*, denso y complejo, que sirve para formar las derivaciones de *dichten*, poetizar, del sustantivo *Gedicht*, lo poético, y *Dichtung*, la poesía, acepciones encaminadas a diferenciar el mero versificar de la riqueza simbólica debida a que prosa poética o poesía es más que mero sentimiento, tan corriente y banal en la poesía lírica. ¿Cuál es la diferencia? La poesía como *Dichtung* vuelve al sentido oracular primigenio al combinar mitos, *eidos* (ideas e ideales), *eidolons* (drama, representación), filosofía, teología, sapiencia y sabiduría: en suma, se alía en prosa o en poesía a la trama y urdimbre más proteica de la *poiesis* simbólica correspondiente a la dimensión más profunda de la cultura.

Así, cuando enuncia ese precioso verso en *Elegías del Duino* y cuando al mismo tiempo acudió en los 56 *Sonetos a Orfeo* a la figura de quien descendiera a sus propios infiernos para rescatar a Eurídice, el trasunto de su alma en pena, Rilke transformaba su pasión triste en alegoría de una redención de su duelo más hondo: el haber sido convertido por su madre en viva muñeca como falso reemplazo de una hija muerta, cuyo duelo nunca curó la progenitora endosándolo al hijo. Es elocuente que el nombre de la difunta fuera Sophie, a quien el poeta llevara en su vivo ataúd como hechizo espectro más allá de su nacimiento cuando fuera investido con trajes femeninos hasta los seis años para servir a la ficción de su madre de realizarse en fantasma como princesa de la corte del decadente imperio

austro-húngaro. Rilke rehuyó someterse al diván de Freud a quien conociera por intercesión de su antigua amante y gran amiga Lou Andrea Salomé porque adujo con razón que, al quitarle sus demonios, también lo despojaría de sus ángeles. Gracias a esta épica personal realizada con supremo dolor en el período en el cual Austria desaparecía del mapa, el renacido como Rainer (pues se llamaba René María, ya nombrado en masculino y femenino, como si en el patronímico – ¿o matronímico?- se marcara un derrotero hermafrodita) logró transformar a su alma en pena, la difunta Sophie, en el *Sophos* de la sabiduría, sin olvidar que el nombre de Sofia fuera el de la amante difunta de Novalis a la cual dedicó los *Himnos a la Noche* (NOVALIS, 1969).

Algo semejante pero aún más tortuoso ocurrió en los primeros segundos de mi nacimiento cuando aún no se cortaba el cordón umbilical. El rostro de decepción de la madre por el advenimiento del desesperado inesperado, un varón que seguía a otro infante fue acusado por la partera al exclamar que la creatura no era un niño, sino más bien un... ¡Marrano Congo! Como si saliera de la pesadilla del soñador y de lo soñado “un negro brasileño sarnoso”, un esclavo de *América Ladina*. Al atar cabos de las constelaciones familiares supe que la decepción y el mote no se debían, como se disculpó la madre en las confesiones tardías urgidas con mis ruegos, a un embarazo que se excediera en el tiempo de los nueve meses. Otras eran sus grávidas penas. El asunto es tan espeso e intrincado como es todo destino. En las siguientes páginas condenso aquello que en la novela en curso que escribo desde hace veinte años *Marrano Congo: Anima Excripta* expongo en 500 páginas y que en mis diarios/nocturnos ocuparía algo así como veinte mil páginas de autoanálisis. Y mirado el asunto en retrospectiva es como si en ese doble nombre ominoso yo fuera Spinoza por ser marrano y su demonio en tanto Congo, es decir sujeto y objeto reunidos en el onirismo del pensador. Me detengo en estos pasajes porque la intención ya enunciada es mostrar el camino que del examen de sí mismo lleva al escritor y al pensador a tender puentes entre psicagogia y parresía y construcción de la *Teoría Dramática y **Tramática** de las Sociedades*. Pues no hay quizás ningún elemento de la teoría que no haya pasado por la prueba ácida de los

diarios/nocturnos y por ellos de la vivencia como un moldeado en el *pathos* en *América Ladina*.

Yo debía remontar lustro tras lustro a la figura del padre de mi padre, Francisco Restrepo Gómez (1884 – 1924), ayudado por la creación poética, como si los versos fueran el consuelo para entablar diálogos de ultratumba como signo de amor al padre. Repasaba su decisión de renunciar a la carrera como banquero, abierta por ser sobrino de quien fuera el fundador del Banco de Bogotá, hoy el mayor y más antiguo grupo bancario del cual es dueño un magnate colombiano que figura entre los cien multibillonarios del mundo. Mi abuelo paterno rechazó la crematística para seguir su vocación adscrito a un grupo de románticos tardíos, auténticos poetas malditos, como fuera la Gruta Simbólica, no por azar nombrada en honor a Mallarmé, el poeta simbolista que contemplara la modernidad como bifurcación de la alquimia en el oro de la economía política –la crematística de Midas- o en la piedra filosofal de la sabiduría – el mito de Pigmalión.

Aquella decisión entrañó un rotundo repudio familiar y social que luego alcanzaría un punto trágico: la muerte de su esposa en la primera pandemia, la de la Gripe Española de 1918, dos meses luego del nacimiento de su sexto hijo, mi padre. En el colmo de la depresión su adicción a la morfina lo llevó a poco a la tumba. De modo que huérfano de madre y padre a los seis años, el progenitor fue entregado al cuidado de una viuda hacendosa costurera pobre. He ahí pues unidas dos pandemias en la historia familiar: la de la gripe española y la del consumo de estupefacientes, marcadas entre dos guerras mundiales y a poco acompañadas por la Gran Depresión económica de 1929. Es pensable que nos hallamos ante un ritornelo no descifrado del destino.

Por muchas décadas debí indagar qué significa para una existencia que lo real de mi padre– sus padres biológicos – se conviertan en virtuales, a tiempo que lo putativo deba admitirse como real. Deberíamos conceder que tal es el ovillo incierto del mundo contemporáneo, del cual las falsas verdades son apenas un pequeño índice, porque por más vueltas que demos al Nudo Borromeo de Lacan – tres círculos entrelazados en cuya confluencia como triángulo equilátero se armonizan lo imaginario, lo simbólico y lo real –

nos hallamos ante grafemas que ni Lobachezky, ni el gran topólogo que fuera Alexander Grothendieck (RESTREPO, 2013) podrían desovillar, semejantes a las que expuso el teórico del significante en el seminario 23, el *Sinthoma* (LACAN, 1975).

Allí Lacan se preguntaba no sólo si el escritor de *Finnegans Wake* (*El despertar de las postrimerías*, según traduzco con libertad) estaba tan esquizofrénico como su pobre hija Lucía. Tal era la dispersión lingüística de su novela testamentaria, que de ella predijo el dublinés que se necesitarían tres siglos para descifrar sus elusivos sentidos. Pero ante semejante monstruosidad de un lenguaje de apariencia psicótico, descoyuntado de sintaxis, troceado en fonemas, pródigo en neologismos, infinito en elipsis y anacolutos, imantado por otros idiomas, el lúcido Lacan, tan riguroso en su formación estructuralista, se interrogaba si él mismo enloquecía al cabo de su vida con sus matemas tan elocuentes como por poco indescifrables, lo que por supuesto no era su caso, sino más bien la licuefacción de los significantes, tan semejante a la flotación de las monedas.

No otro era mi sentimiento ante la entropía de lo que Lacan sostiene como anclaje de la construcción simbólica, lo cual entraña sostener su vida *En el nombre del Padre*, aún si ello linda con cierta *perversión* (*père/vers* versar en torno al padre y/o versión del padre) y *perseverar* en él y en “ello” (*père sévère: padre severo*), esto es bailar en la cuerda floja de ese roce que toda ley mantiene con la arbitrariedad en el limen lábil del goce: pues ni en padre ni abuelo parecía haber ley, ninguna ley, ningún orden, siendo casi todo en ellos anarquía y anomia pues era como si el destino los hubiera exceptuado de todo sistema corriente de clasificación moral.

Yo heredaba del abuelo paterno el monumental caos de una vida disuelta en la indigencia y la morfina por vía del desamparo absoluto de su hijo, mi padre, la viva exposición de la fatalidad absoluta. Así, yo comprobaba año tras año que el destino es más fantasmal y esquivo y que la existencia es muy rugosa; y que los triángulos son no solo más escalenos que equiláteros sino que vistos en dimensión tridimensional semejan esas arquitectura irregular de Escher donde no se sabe qué son arriba y abajo, derecha o izquierda, fondo o primer plano. Y con los mismos padre y madre

me parecía estar contemplando retratos cubistas en los cuales se superponen dos y hasta tres máscaras de una misma persona que lucen empero como si fueran otras.

Si las nociones de destino y de tragedia casi desaparecen de la filosofía y de las ciencias sociales junto a la idea de lo sublime tan contingente a ellos, su redundancia en mi devenir aún antes de advenir al mundo y con más rigor en estos tres cuartos de siglo ha sido motivo para empeñarme en una dilucidación que me llevaría a tres experiencias como paciente en divanes con distintas orientaciones, incluso la inocua psiquiatría con la simpleza de placebos como el prozac – solo lenitivos en algunos casos. Pero del embrollo no salí por ellas, ni por conversiones espirituales súbitas – aunque lo espiritual auxilie-, ni por cambiar adicciones– alcohólicos o narcodependientes anónimos-, sino por una alianza de la vocación literaria con el amor por las ciencias sociales centrada en la pasión sociológica. Y la bisagra entre ellas ha radicado en los diarios/nocturnos.

Pero si el destino trágico de mi abuelo paterno y de mi padre los convirtió en chivos expiatorios – tal es la traducción plausible de la noción del poeta maldito desde que Verlaine acuñara el término y más en una sociedad señorial tan distinguida por la violencia simbólica hacia lo que Foucault llamó “los anormales” - aquí vagabundos, locos, alcohólicos, drogadictos, indios, negros, pobres, prostitutas, travestis- (FOUCAULT, 2001), la dosis se extremaría tal como se insinuaría en mi primer nombre y apellido hechizos: ¡Marrano Congo! ¿Por qué la partera como una sibila popular interpretaba el repudio de la madre al inocente crío para nombrarlo con dos signos precisos de lo que Freud denominara *Das Unheimliche* (FREUD, 2008)? Este es vocablo de traducción siempre insuficiente aún si se enuncia como ominoso, siniestro, incluso terrible, siniestro, hasta monstruoso tal como yo llegaría a captar en edad madura. Además, levantado como oxímoron, dado que por la compañía de mi hermano yo oscilaría entre el exceso de inteligencia estimulada por la multiplicidad de diferencias con las cuales debía lidiar y el pasmo inducido por la metonimia mimética con el hermano a quien yo debí cuidar segundo a segundo desde el primer año hasta los doce como responsable de su supervivencia. Dos

atributos, exceso y defecto, que fueran castigados en Grecia, el primero con ostracismo, el segundo con sacrificio.

Enseñar a mi hermano era maestría triste impuesta desde el primer año. Me esforzaba año tras año para no se quedara en letras, cómputos, grados de educación primaria y vida social, ensayando incluso una educación paralela en tallas, dibujos, música y templando el carácter para lidiar con la burla social. Lo que sufrí en excursiones en tren y en el vagabundaje como gamines por las calles a los seis años es inenarrable. Empero, llegaría a comprender que antes de ser yo el maestro de mi hermano mayor/menor me doctoré como aprendiz, pues él me amaestró en la maestría de la no maestría y en la suprema lección de que el afecto no siempre empata con la inteligencia y que pesados en la misma báscula el oro en un platillo y en el otro el afecto, ganará por exceso este, aunque en la contabilidad del orbe suceda lo opuesto. Así que cuando en la mitad de la vida acepté sin reparos ser lo que predicaba el destino, un Marrano Congo, me empeñé en demostrar que cada peso monetario de más se puede traducir como un menos y que llegar al cero de la humillación significaría acercarme al infinito.

En su traducción literal el término *Unheimliche* significa lo que por absolutamente extraño no ha sido ni puede ser domesticado, lo absolutamente extraño y ajeno y por ello de apariencia hostil. Freud mostró empero su lucidez – no siempre estoy dispuesto a elogiar al patriarca del psicoanálisis – al comprender una paradoja: lo extraño, el *Ghost*, el fantasma, es el mismo *Gast*, el huésped que empero se repudia como hostil en un movimiento de repulsión¹⁰ – *Verwerfung* es el término de Freud – porque admitirlo sería contrario al decoro de la familia: en suma, incesto y castración según la ortodoxia (FREUD, 2008). O, para significarlo en otros términos, aunque rocen el eufemismo: “el amor no es más que cólera extinguida” (OTTO, 1980). “Toda casa es una tumba”, exclamaba el poeta César Vallejo. Y cada familia se erige en el cimiento de muchos secretos y

¹⁰ Hostilidad y hospitalidad derivan de la misma raíz indoeuropea, *hostis-spes*, lo mismo que *Ghost* y *Gast* provienen de un término común, tal vez diferenciado por fonética y por gestos, dada la economía de aquella prodigiosa lengua (WATKINGS, 2000 y vale par todas las referencias del indoeuropeo junto a BENVENISTE, 1983).

también como una institución que pese a las apariencias debe practicar una economía de la violencia, como se impone en toda crianza, no siempre eximida de tremenda violencia física y de una violencia simbólica que bien pudiera describirse como masacre de almas, por anular la potencia de la *poiesis* infantil: muerte de asombro, pregunta, ironía y amor por el misterio del lenguaje.

El destino suele ser tan celado como ambiguo y empero redundante. Aunque el ciego Tiresias advierta con clara visión y de antemano el destino trágico de Edipo, los demás solo lo coligen de a poco y el más interesado por ser el más ingenuo culpable sólo lo descubre al cabo de innumerables peripecias y con sumo desgarramiento, pues no sabe qué significa ser portador de la contraseña de la maldición de los Labdácidas. Sólo en la humillación se reconoce como símbolo de una atrición no solo familiar sino colectiva, aunque en *Edipo en Colona*, ciego y mendicante, con sus hijos querellados por violencia recíproca, se erija como fármaco salvador por transformar el destino en designio al admitir la pregunta incesante como camino de la verdad, aun si es trágica. De ahí que Sófocles haya sellado el bucle entre teatro y teoría mediante el verbo *theorein*, como un escrutar a fondo la condición de la existencia por medio de lo que Castoriadis denominó “interrogatividad permanente” (CASTORIADIS, 2005). Y por ello haya presidido la aurora, aunque fugaz, de la democracia y de la filosofía.

“Durch Mitleid Wissend”, “sabrás a través de la compasión”: tal es también el oráculo mediante el cual la densidad del destino se revelará en la *Quest de Parsifal*, la ópera final de Wagner. Posterior a la tetralogía que entona la tragedia en modo que se diría dorio con el concurso de tantas trombas y trompetas, esta ópera última que irritara tanto a Nietzsche no solo por su tono lidio – según los tonos descritos por Aristóteles en el último capítulo de su *Política* (ARISTÓTELES, 1989) con arrullo lastimero de chelos y violines, suaves clarinetes y flautas-, sino por su acento budista, representa la travesía de un “reine tor” “puro tonto” que ha de descender como Orfeo y Rilke a los espacios de su *daimon*, sus propios “infiernos” que en el héroe trágico son siempre propios y colectivos, para unir fuerza y amor,

simbolizados en la lanza y el cáliz del Grial, disociados por un nigromante que robara el símbolo del poder.

Empleo estos giros estéticos y filosóficos como umbral para sintetizar el nudo del destino apenas enunciado con el patronímico hechizo del “Marrano Congo”. En el parvo teatro que no es siquiera el de la infancia o la niñez, porque es el de la nuda vida en trance a ser anudada por la crianza, en el intervalo entre el 22 de enero de 1946 y el 9 de abril de 1948, condenso en analepsis y prolepsis el pasado de al menos dos generaciones y el futuro mío de tres cuartos de siglo. Descubro las ecuaciones simultáneas en el gesto de decepción de la madre y en el bautismo de la partera los augurios más nefastos que fastos del porvenir, pero también la razón para trocar los negativos en positivos en una épica de sanación, obligada para librar a mis cinco hijos del destino trágico.

¿Qué es la crianza sino el paso de la nuda vida a la vida *ob/ligada* (ligado adelante, lo cual viene de la visión esclavista como atado de manos), es decir el tránsito del ser estético al ser moral (e incluso al ser que por ello se sabe mortal) y la mutación de un cuerpo sin órganos, según el concepto de Artaud reconsiderado por Deleuze y Guattari (DELEUZE y GUATTARI, 1994) hacia un cuerpo cuyos órganos meramente receptivos han sido reordenados por la función moral, ética, incluso jurídica y por ende social?

Pero es necesario ordenar con paciencia las fichas del rompecabezas. Dos menores, mis padres, contraen matrimonio a escondidas para burlar los cercos de ambas tribus familiares, agravados porque ella ha ocultado un embarazo de cuatro meses, mi hermano mayor, el primogénito¹¹. Lo hacen justo en el día de inocentes de 1940, pues eso son ellos: inocentes. Ella también es huérfana de padre, pero añade su dote de dolor porque la viuda progenitora quedó paralítica luego de llevar de miseria a pobreza a la prole de seis hijos gracias a su oficio como telegrafista de remotos pueblos en los cuales ya se avisaban violencias.

Debido a su doble orfandad, mi padre pareciera haberla elegido como madre y consorte, pues ella le llevaba diez años. Segundo embarazo y júbilo

¹¹ Uso el tiempo presente de modo intencional, pues tanto la literatura como el psicoanálisis poseen la virtud de traer al pasado como “presente”, esto es: como don. La re/presentación como memoria plena convierte el veneno (*gift* en alemán) en regalo (*gift* en inglés).

por el nacimiento de una infanta que en la economía de los deseos de la madre y del padre estaría llamada a reparar la maternidad fallida de éste. La tragedia sobreviene, no sin dar espacio a ilusiones. La infanta muere de neumonía a los siete meses: síntoma casi semejante a la Gripe Española, la tribu materna culpa al hijo del poeta por la maldición de la muerte de la hija: acaso en sus recurrentes borracheras no solo malgastara la escasa plata para remedios o aún para un ataúd decoroso o apareciera en resaca y como fantasma en el velorio, sino acaso le contagiara la enfermedad. Otro duelo no curado, otro secreto, esa ausencia no se remediará en palabra. Hará síntoma silencioso en mí.

Segundo aviso del destino, como si en la vida se replicaran las cuatro notas de la quinta sinfonía de Beethoven, la preferida por el padre: otro embarazo. No hay nada más tramposo que la esperanza. Por algo aparecía como el último y mayor de los males en la caja de Pandora. La madre suponía que la difunta retornaría en ese nuevo nacimiento. O mejor, las difuntas: las dos mujeres llevadas por las epidemias y pandemias de la gripe, la madre de mi padre, la hija nunca bien llorada. Pero nació otro varón, a quien el padre concedió su nombre, Camilo Edmundo.

Un año exacto después llego “yo”, el “Marrano Congo”. Nueva y más honda decepción por el loteo masculino que difiere la esperada salvación de lo femenino. Pero el desaliento de la madre será gravísimo porque ya al año el hermano ascendente mostrará signos inquietantes, los cuales el Marrano Congo confirmará porque cada progreso suyo en el primer año comparado con el retroceso del hermano en su segundo año será acusado con algo más que asombro: pues antes de premiar mis avances los rostros de los padres se cubrían de pena. Era como si en una matemática precisa cada suma mía fuera recibida como resta. Antiquísima lección de mágica metonimia, el portador de malas noticias deviene responsable de ellas y ha de ser castigado por el nefasto mensaje. Para abreviar, el par impar de mi hermano que en adelante sería el mayor/menor sufrió lo que cuando eran benignos llamaban “retardo mental” o según el vulgo tachado como el “bobo” de la familia.

¿A qué podría deberse este “mal”? En el expediente popular la respuesta apuntaba a la maldición del poeta y de su hijo, mi padre y por metonimia a mí, inocente pero maldito, o maldito por inocente. Se precisarían décadas para saber que aquello ocurrió por un parto casero mal llevado que lo privó de oxígeno suficiente al nacer: anorexia. De seguro era la misma partera que para exculparse del maltrato me dio la bienvenida con el mote de “Marrano Congo”. Y se precisaría aún más tiempo para que yo comprendiera que el exceso de afecto que muestra en su vida el hermano “baldado” de inteligencia resulta muypreciado en un mundo desamparado de afecto. Pues lo que le falta en agudeza le sobra con creces en amor. Era como extremar a modo de carnaval la conversión del ingenuo en sabio y del inteligente en tonto como fuente para examinar la distancia sideral que separa en el mundo la razón utilitaria de la razón afectiva.

La herencia no se mide solo por loteo de cromosomas. Hay sucesión espectral, dimensiones intangibles del deseo que empero forman costra y callo. Colectivas y familiares, engarzadas en filigranas. Es evidente que el sema deviene soma y su traducción es casi imposible cuando no hay palabra y por ende memoria distinta a la enquistada en el cuerpo. Pero cuando el sema forma lenguaje en habla o escritura la indagación se abrirá paso, aunque con tanta dificultad como la que intentaron Nicolas Abrahám y Marie Torok, los húngaros deudores del heterodoxo Ferenczy, al descifrar los códigos secretos de la cripta del *Hombre de los Lobos* (ABRAHAM Y TOROK, 1976; 1978) y a quienes debo honrar porque la lectura de sus dos libros me llegó hace siete años como salvamento para cerrar la comprensión básica del ciclo de la infancia del nombramiento hechizo al nueve de abril de 1948, el bautismo de fuego de la patria.

Arduo será traducir todo aquello que no se nombra y que por ello sólo podría denominarse como *a-moción*, en lugar de emoción, porque no sale a flote, y que empero llega a ser tan traslúcido como el sorprendente hecho de que el síntoma del *Hombre de las Ratas* se le revele a Freud en un dibujo topológico suyo sin que el patriarca llegara nunca a adivinar que la topografía del espacio de atrición era casi punto por punto similar a la del sistema digestivo del paciente (FREUD, 2008, a, dibujo en página 1469). Así

se hubiera acelerado la transferencia al comprender que el ir y venir sin aparente sentido del paciente entre la estación del tren y la Oficina de Correos era análogo al bolo fecal estreñado y constreñido por mandato de la crianza a retener, pero al tiempo como si por doble vínculo -orden contradictoria tal como la examinó Bateson (BATESON, 1997)-, el sujeto fuera conminado por la madre a apresurar la excreta cuando el infante demostrara inquietud por demasiado retenido. Como quien dice, al pobre no le dejan paz sus propias entrañas por mandato contradictorio de la madre: unas veces por retener, otras por evacuar.

Increíble metáfora que en una prodigiosa economía semántica vincula cuerpo, mapa, territorio con el servicio postal (el estómago posee prodigiosa memoria y es un espacio de depósitos y de envíos), justo el encargado de remitir mensajes y además redundante porque el objeto del trance son unos anteojos, como quien dice aquello que mejora la visión y con el añadido cómico cual corresponde al estomago todo transcurre junto a “un campo de maniobras”. Y lo más grave consiste en que el pobre paciente fuera convertido por cruel crianza en *Stoff*, esa palabra que tanto usa Freud como materia, pero aquí con el agravante de materia fecal amenazando en su vaivén a un paciente horrorizado por el fantasma de ser devorado por las ratas que suben y bajan como su bolo por el colon, entre el sacro y el ciego, como si además fuera objeto de copulación anal y por ende de castración ejercida por el padre.

Pude examinar de modo creativo este intrincado caso debido a mi propio escrutinio, con el agravante de que el tránsito del ser estético al ser moral suele delegarse en Colombia aún por familias de estratos medios bajos a las empleadas de servicio, tanto más en proles de estratos medios e incluso bajos, con el agravante de que por provenir ellas del campo expulsadas por pobreza y violencias, impacientes y exasperadas por mutaciones que demandan sereno acompañamiento usan la amenaza de castración con la figura del machete o con recurso a espantos del campo. Y como yo era casi gemelo de mi hermano mayor/menor se me obligaba a responder porque el hermano transitara del estado estético natural del crío al infante domesticado como parlante y autónomo en el manejo de su propio

cuerpo, cuando la dificultad era suma por el ritmo más lento en sus procesos, el propio de lo que denominaban como “retardo fronterizo”, el de un Forrest Gump.

Si en mi caso la investidura femenina como el remedo hechizo de la difunta no pasó del primer mes, a la postre devendría más grave que la fetiche del poeta Rilke en sus primeros seis años, tras lo cual su padre ensayaría depurar el exceso de feminidad al destinarlo a un colegio militar (como si fuera una castración inversa), con lo cual fue constituido como un oxímoron: fémica y macho guerrero. Pues en mi proceso ocurría como sucede con la órbita de algunos planetas lejanos que al desviarse de una elipse regular develan que giran en apariencia excéntricas en torno a un astro no visible. En el caso del Marrano Congo él girará sin saberlo en ciertas excentricidades inexplicables en torno al sol de la madre. Que es el deseo de ella. Increíble como parezca, un ser puede ser la criatura hechiza de un deseo, como en el medioevo se decía de íncubos y súcubos. Es algo más intangible pero más efectivo que el bello principio del evangelio de San Juan cuando indica que el “Verbo se hizo carne” o cuando en el *Cratilo* Platón explica, valiéndose de Pitágoras, que el sema se aloja en el soma como en una prisión, en algunos casos como una purga dispuesta por el destino como si fuera el karma del hinduismo. Esto ha suscitado inmensas expansiones en la Teoría ante todo para examinar el papel de las agencias de publicidad como auténtica caja negra del capitalismo crematístico por tallar los cuerpos al modelar los deseos.

Deseo y desastre provienen de la cibernética griega referida al pilotaje en los albueros del mar de incierta atmósfera. Deseo es *de sidere*, orientación sideral. Desastre es *des astra*, pérdida de guía astral. Los deseos, nuestros o ajenos, propios o hipotecados, en verdad siempre de propiedad difusa, bien se diría deseos promiscuos, son nuestra fuente de energía, el motor de búsqueda, pero precisamente por ser tan etéreos y confusos, si no se someten al timón del mando simbólico llevarán al desastre o cuando menos al desgaste de las adicciones en las cuales el problema no es el consumo obsesivo, sino la consumación de los individuos al convertirse en apéndice

de las cosas como tantos amos/as transformados/as en mascotas de sus animales.

Todos los fantasmas, el de la abuela muerta en la gripa española; el del padre indigente muerto prematuro a sus cuarenta años por la morfina que mendigaba cuando ya carecía de libros para comprar la droga a los estudiantes de medicina; el del padre nunca hallado en su ser y convertido en ficción; el de la madre apurada por sus deseos de hija; el de mi hermano mayor/menor sumido en un eterno presente con su grave silencio frente al cual yo por amor a los padres debía retrasarme para que él se adelantara, incluso si ello significara que debía ser para él un cuidador como lo hubiera sido la hermana de no haber muerto, o como debía serlo yo de haber nacido como la difunta: todos ellos y muchos más se conjuntaron alebrestados en el 9 de abril de 1948 cuando yo cumplía dos años y tres meses de edad.

Evoqué casi como si fueran ecuaciones simultáneas estos estados porque en el año 1914 por una gravísima crisis económica las defensas se deterioraron tanto que la varicela, contraída en aquel lejano año y muy posiblemente en aquel abril de 1948 rebrotó como Herpes Zoster con una intensidad feroz, como si fuera una culebrilla que de la axila del costado derecho se extendía al centro y amenazaba ser mortal si daba vuelta. Dicen que el dolor es sólo comparable al parto, con la desventaja de que duró en mi caso cerca de nueve meses, como si fuera un embarazo inenarrable. Ni siquiera sosegaba el tramadol, calmante disputado. Mi salvamento fueron los diarios/nocturnos cuya escritura alcanzó el clímax. Recuerdos dispersos se hilvanaron en anamnesis continua.

Grado a grado descendí a un tiempo y un espacio que además fueron cruciales para el país e incluso para el mundo porque allí ocurrió el asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán, nunca esclarecido, justo en el contexto de una reunión panamericana en la cual el presidente Truman anunciaba el Punto Cuarto, así llamada la parte de su discurso destinada a enunciar la ayuda técnica para el desarrollo, una “ayuda” en realidad calculada para aumentar la dependencia con la potencia del norte en el marco de la guerra fría que a partir de entonces establecería un sistema de

control casi cibernético para prevenir cualquier alineamiento fuera del imperio dominante.

Mundo, nación, localidad y familia se trenzaban en tremendo *pathos*. Se desataría entonces una serie de violencias que no han dado un año de respiro en la nación. Vivíamos los tres hijos varones mayores en un inquilinato en una localidad construida con el nombre del día de la independencia, Siete de Agosto, en una antigua hacienda llamada El Laberinto. Vaya si lo era como laberinto de la Nación, popular como era y muy de la entraña del líder asesinado pues la mayoría de habitantes era liberal. Debí sufrir con el sufrimiento de los padres y con los relatos de horror de la abuela paterna putativa y la materna paralítica, antigua líder popular, junto a los recuentos de tíos y tías, ellos comunistas, por el incendio de la ciudad y la cantidad de muertos. Me imagino entre esas voces afectado por la varicela, encerrado en el cuarto donde dormía con mi hermano mayor/menor, yo sin dejar de sorprenderme por qué él era como era sumido en silencio, instalado siempre en el presente, afable, lento para el habla y para el cálculo y sin poder dormir por ese rumor de lamentos e inquietudes y el ardor de la enfermedad que debió afectarnos a ambos.

La madre estaba de nuevo embarazada de cinco meses. Y aunque jamás se había hablado de la hermana difunta y nunca jamás se hablaría de ella – yo sería el secreto signo del duelo, el ataúd donde la difunta reposaría-, era patente que ella esperaba resarcirse por fin de la doble decepción. Yo no sabía entonces, ni sabría a cabalidad hasta el retorno de la varicela que esa hermana difunta vivía y viviría en mí a tal punto que el asunto no consistía en que ella era mi secreta alma en pena, sino que yo era el alma en pena de una ausencia irremediable que me habitaba, así como en adelante yo no sería solamente aquello que se llama yo, sino también el doble fantasmal de mi hermano mayor/menor, un “retardado” impedido para el mundo social. Y por supuesto, tardaría en saber que mis nombres y títulos no significarían quizás nunca tanto como el nombre y el apellido originario como el Marrano Congo: esto es lo *Unheimliche*, el anormal, el anomal e incluso el *Homo Sacer* a cuya figura dedicara tanta lucidez Giorgio Agamben (AGAMBEN, 1998; 2000). La escoria social.

Empero, bajo el disfraz del minotauro sólo había un manso buey dócil a los sacrificios de tantas hecatombes, un infante que nunca en ningún momento de la infancia y de su vida dejó de soñar con el amor. Pues era lo mejor que en medio de la pobreza, de la ignorancia y de tantos errores legaron sus progenitores. Para fortuna de ellos llegarían luego al mundo cuatro hijas, a quienes por reírme de mí mismo y en burla al concepto de *Penisneid* de Freud – envidia del pene - he calificado como mis cuatro dosis de envidia. Es un gracejo para referirme a que el ánima en pena que he llevado tras la epidermis a lo largo de la vida me puso en trances agónicos destinados a comprender la “*matria*” en sus figuras más dolientes: el cortejo de viudas y de huérfanas, las patasolas, las madremones, las mujeres sin cabeza, las lloronas, las plañideras, las ánimas solas, las abandonadas, las malqueridas, tantas estampas en suma que marcan en el folclor las violencias contra las mujeres, hasta desembocar en las madres de esos 6.500 inocentes, algunos con “retardo mental” como mi hermano mayor/menor, que fueron llevados con engaños a remotas zonas con promesa de trabajo y allí abaleados y vestidos con uniformes de la guerrilla para elevar las cifras de bajas requeridas por el tenebroso mandatario.

3. Huésped a distancia de dos anfitriones en declive

“Uno es el ideal que a todos nos vincula: hacernos dignos sacerdotes de Cristo cuya imagen debemos llevar ante los hombres”: tal era el lema de un periódico quincenal del Seminario Menor diocesano en el cual estudié secundaria de 1959 a 1963, *Difusión*, del cual sería subdirector en el último año y donde creé una sección con el nombre de Cultura, a tiempo que iniciaba la escritura continua de los diarios urgido por descifrar los enigmas de mi destino.

Prueba de amor de los padres fue esforzarse por conseguir la mejor educación, con ruegos por media beca a cuenta de avemarías. El grado de educación de ella fue igual al promedio alcanzado por los habitantes de Colombia durante todo el siglo XIX contado en 1952: 1.2 grados de escuela primaria, y el del padre dos grados más. Era uno de los peores registros del mundo, justo cuando arreciaba una violencia terrible en el campo como

secuela del magnicidio ocurrido cuando Colombia fuera base del lanzamiento de la guerra fría. De ahí que en mi desarrollo teórico haya concedido a una nueva educación protagonismo extraordinario en la tarea indicada por Bauman de transformar la fatalidad en destino libre. Fue por lo demás lo que urgió Simón Bolívar en el Congreso de Angostura del 15 de febrero de 1819 al apuntar que la soberanía política dependía de la educación del soberano, para lo cual proponía constituir la educación como cuarto poder público destinado a la formación moral – hoy diríamos ética- de los conciudadanos. Fue preciosa utopía que empero naufragó al compás de las victorias y urgencias militares, como lo recordé al organizar el único evento en memoria de aquel Congreso fundacional de seis Estados celebrado justo a los 200 años en la periferia de Colombia.

Situado en una antigua hacienda sabanera, el Seminario ofreció a un adolescente ávido de saber todo lo mejor y lo peor de la tradición del catolicismo: sus raíces hebreas, griegas y latinas, la pasión por las lenguas, mística y dogmatismo, cielos e infiernos. Pero los tiempos marcaban vencimiento. Al compás del Concilio Vaticano II los claustros comenzaron a vaciarse. Muchos motivos me impulsaron a desertar, aun si conservara una espiritualidad no dogmática: entonces el sacerdote y sociólogo Camilo Torres Restrepo (1929-1966) imantaba al urgir a la iglesia la tarea de afrontar la cuestión social. Yo lo seguiría con entusiasmo, pero solo hasta cuando tomó las armas, por las cuales cayó en el primer combate alineado con una de las guerrillas, justo cuando yo iniciaba estudios de sociología el 15 de febrero de 1966. Camilo Torres Restrepo mudó sociología y sotana por el traje de combatiente al inicio de la segunda de tantas metamorfosis de las violencias ocurridas desde 1948, la siguiente de las cuales sería provocada por el narcotráfico a partir de 1982 y la cuarta por el paramilitarismo desde 1996, ambos coaligados en modos patéticos con el Estado siempre agazapado. De ellas me he apartado por formación humanista – Albert Camus fue en 1963 autor de cabecera- y porque por convicción siempre he propugnado por la vía de la no violencia activa, persistente y en clave estética de carnaval insumiso. El odio visceral a la violencia y a las guerras es el único que albergo y aún así debo moderarlo pues en la evolución de la especie

carnicera no hay mayor constante que violencia y guerras y es preciso estudiarlas por examinar si se puede salir algún día de la fatalidad.

Pero el destino se da maña para atizar el inconsciente a fin de apresurar la mutación alquímica como paso de la escoria a la piedra filosofal de la sabiduría. A un tío político no se le ocurrió dar mejor regalo a mi hermano mayor/menor y a mí en los sacramentos de la confesión y la comunión que dos carritos de basura en ese rito de paso de la latencia de infancia a la malicia de pubertad. Este don sería banal si no fuera porque a la postre yo indagaría la etimología del verbo “escrutar” como “avizorar hondo a través de las sombras” a fin de hallar un correlato en el plano de la razón de la razón, *co/razón* la denomina un colega matemático y semiólogo (ZALAMEA, 2021) que sigue al sensitivo ver, al intelectual mirar y al razonable contemplar como el más apropiado para el verbo *theorein* del cual derivan teatro y teoría. Copio de una entrada reciente del diario/nocturno por servir de ilustración a los pasajes entre escritura narrativa y escritura teórica:

20210505 miércoles: “Escrutar: “del latín *scrutari*, que en su origen significaba revolver en los trapos viejos y rebuscar en la basura, para luego en sentido figurado significar inspeccionar, registrar e indagar. El verbo se deriva de *scruta* (desechos, basura de trapos viejos y trozos de trastos). Escrutinio y escudriñar también proceden de ahí. Este término latino se forma con la raíz indoeuropea **screu* (cortar) que también produjo en latín la palabra *scrotum*, que conservamos como escroto (bolsa de piel que recubre los testículos de los mamíferos).” (Fuente etimologías. Dechile.net/?/escrutar#, 29/04/2021).

Palabra, pues, polisémica y seminal (y nunca mejor dicho): asociada a genética (testículos); fisiología y anatomía (vecindad con el sacro y el ciego); derecho (testimonio y testamento); arqueología (restos); teología (escatología); incluso a la política (escrutinios electorales) y por supuesto al psicoanálisis (castración, corte, *der Stoff* como materia y polvo, la escoria del paciente). Corolario: sirve para distinguir una crianza cruel que en política se llama tiranía y otra benigna que se llama democracia, la serena potencia de la multitud.

Insisto: la doble acepción del vocablo indoeuropeo *Gift* permite suponer que en una cosmovisión homeopática el arte de la vida consiste en transformar venenos personales y colectivos en dones, pues son la mayor fuente y expresión de la *poiesis*, sea orgánica, sea del afecto en los mundos de la vida, sea de la solidaridad en el sistema social globalizado, sea en la

poiesis simbólica propia de las dimensiones de la cultura. A la misma operación conduce el concepto griego de *pharmacon* referido al chivo expiatorio, al monstruo o, en suma, al Marrano Congo, quienes al añadir a sus propias faltas las sociales, las transforman por épica en fuentes de sanación por medio de un saber elevado a sabiduría. Es incluso una visión no denigrante del marrano como animal, pues el don de su carne proviene de su voracidad por los restos.

Tal camino se valida en otros dos episodios vecinos a aquel rito de paso. En 1958 mostré mi rebeldía frente a un profesor del Colegio El Rosario al arrojar a sus pies unos centavos que me diera para comprar un sobre para poner en él la carta que mi madre escribiera como excusa por una inasistencia, luego de burlarse ante los párvulos por los errores graves de ortografía. Como los padres rogaran para que yo no fuera expulsado, el profesor permitió que terminara el año sin posibilidad de ascender a otro curso, no sin un castigo velado que yo tomé por premio: representar el papel de Diógenes el Cínico en un tonel ante Alejandro, encarnado en el estudiante más obediente, en un poema del español Espronceda. Lejos estaba yo de sospechar que el profesor, sin saberlo, me remitía a la indignancia de mi abuelo paterno, el poeta, y a su rebeldía contra el tío paterno fundador del Banco de Bogotá. Y que esmeraría el destino para que reeditara frente al poder del país el fantasma del gran cínico, el mismo que al ser interrogado en la venta de esclavos sobre qué sabía hacer exclamara con burla: ¡mandar!, por trocar al esclavo en amo y al amo en esclavo.

La siguiente escena es de ingenuidad celestial y tan irónica en torno a la elocuencia del destino que en un principio se tildaría de trágica, pero que a la postre luce como una comedia. Según las normas del Concilio de Trento, las mismas del teatro isabelino de Shakespeare, en el teatro no podían actuar mujeres, así que los papeles debían ser actuados por forzados o complacientes travestis. El genial dramaturgo debió disfrutar las ambivalencias. Yo más bien las sufrí. A los 13 años yo, que he sido tan obediente como insumiso, no tenía modo de decir con el Bartlevy de Melville que “preferiría no hacerlo”. Si fuera por mis inclinaciones, hubiera dicho que me fascinaría actuar como San Francisco Javier o Ignacio de Loyola en la

obra de José María Pemán *El Divino Impaciente*. Pero en el segundo año de secundaria era lampiño y no les costó que el inocente Marrano Congo aceptara el papel de la puta Violeta que en una escena de no más de 30 segundos tienta en París a uno de los misioneros para que desistiera de la obra. Más de dos horas duró la investidura en semejantes armaduras de polleras barrocas y el maquillaje de proxeneta elegante que la actuación al mover un coqueto abanico y decir un par de tontas palabras. He ahí al genio maligno, como lo llamara Descartes, discípulo de los jesuitas, en plena trama de astucias. Pero yo no era quien superara sus redes para proclamar el *cogito, ergo sum*, sino apenas un púber, ni siquiera adolescente, que estaba a décadas de saber el secreto de la infanta difunta y que por ella el destino me forzaba a resucitar como ánima en pena para transformarla luego de dolorosas peripecias en una *Sophia* equivalente al ánima simbólica del poeta Rilke. Sin que dejara de ser por mucho tiempo tanto el santo como en fantasmas la puta Violeta hasta que supiera que era la hermana difunta quien entre sus sombras manejaba mi cuerpo como saltimbanqui, como lo deja ver Rilke en el pathos de la quinta *Elegía del Duino*.

De ahí que salir del refugio casi monacal al ámbito de “mundo, demonio y carne” fue descender al precipicio de las pasiones violentas como las denominó Hume (HUME, 1972) o tristes como las llamó Spinoza, mismas que reverberarían en un espacio tan proclive a ellas como fuera la reciente institución de la sociología académica. Que en principio lucía fascinante animada por una especie de chamán de las ciencias sociales, Orlando Fals Borda (1925-2008) (RESTREPO, 2016): pues se reunían científicos de todas las ciencias sociales; nacionales y extranjeros de América Latina, Europa y Estados Unidos; católicos y presbiterianos con masones, comunistas y agnósticos, todos vinculados en comunidad de búsqueda por amor a la paz de Colombia que demandaba con urgencia el apenas iniciado Frente Nacional. Si ya era anacrónico el ideal de llevar la imagen de Cristo, ahora atraía una cruzada por pensar y actuar a favor de una nueva nación y un nuevo mundo. Quien en su último año en el seminario se hubiera conmovido por la inmolación de monje budista como registré en mis diarios de 1963

hasta el punto de unir en afecto y vocación el catolicismo con el budismo en gruesos trazos, se fascinaba por aquel concilio de lo diverso.

Era demasiado grandioso para durar. Colombia no daba para tanto. La Revolución Cubana ocurrió en el mismo año de nacimiento de la sociología académica y con ella la guerra fría tocó el continente. Orlando Fals Borda, quien anticipara en más de un lustro, junto a otros en Brasil, el nacimiento de la Teología de la Revolución anterior a la Teología católica de la Liberación, desde el insólito flanco del protestantismo más radical, fue pronto convertido en chivo expiatorio: era como si en él reencarnara como súcubo del marrano Spinoza el Congo de su pesadilla en la figura mixta de la santería de origen yoruba: un Changó travestido en Santa Bárbara bendita. Era como si el fundador de la sociología colombiana emergiera de la pesadilla de Spinoza como ese “negro brasileño sarnoso” destinado a incluir a la multitud de los excluidos esclavos de modo que extendiera en paráfrasis el mayor lema del ladino ibérico y neerlandés: *Deus sive natura, Deus sive populus*; y como si movido por amor a su abuela chimila y a su madre medio caribe y medio andina encarnara bajo su piel casi como travesti la figura bíblica de *Ester* para salvar al pueblo humilde y esclavo en el exilio de la inminencia de una masacre colectiva¹².

En suma: muchas mutas de acoso lo persiguieron (CANETTI, 1987) en una época ambigua como pocas, pues en el lugar de las palomas (Alianza para el Progreso) ya aleteaban los halcones al compás de la guerra de Vietnam: la Iglesia católica lo repudió por protestante; los presbiterianos lo rechazaron por comunista; los periodistas alternativos lo recelaban como espía gringo; el mismo Estado a través de los generales que fueran sus

¹² Orlando Fals Borda recurrió al pasaje bíblico de Ester en sus obras del final de los años cincuentas e inicios de los sesenta en torno a los campesinos: era como decirle a la élite lo que Mardoqueo le dijera a la judía consorte del poderoso rey de Babilonia: si no abogas por nosotros, “respiro y liberación hallarán en otra parte”: Así, doble profecía, la de Mardoqueo a Ester y la de Fals Borda/Ester al gobierno colombiano: si no aceleran las reformas, vendrá una nueva violencia. La figura de Ester es muy importante no solo en el plano sociológico, sino en el vital del pensador, pues en sus estudios secundarios en el Colegio Americano su madre convirtió la pieza bíblica en una obra de teatro que debió fascinar al joven. Y según mi suposición, la reina Ester obraba en el inconsciente de Orlando Fals, si no también en su conciencia secreta, como una investidura semejante a la que yo arrastraba de la hermana difunta. Lejos de ser solo un asunto sexual hechizo, esta ficción jugó un papel fundamental en la transformación tan sorprendente del dogma presbiteriano, tan unido a los signos del oro y del poder, hacia la onto/teología tan próxima a Spinoza y a Levinas (RESTREPO, 2016). En muchos casos grandes mutaciones derivan de principios cómicos, en Fals reforzados por la cultura carnavalesca del Caribe colombiano, sin olvidar que *El Banquete* de Platón, a mi gusto el mejor, transcurre y discurre como un carnaval a través del oximoron.

condiscípulos en la Escuela Militar de sus años casi adolescentes, antes de estudiar literatura y luego sociología en la Universidad de Florida, encarcelaría a su mujer y lo interrogaría con saña. Y para pena mía yo me uní al coro del movimiento estudiantil que en la época del plan Camelot lo tachó en 1967 como agente del imperialismo, lo cual lo forzó a abandonar el claustro que hubiera fundado.

La tragedia de nuestros países como pueblos mundos complejos deviene letal por analfabetismo ético que unido a la aberrante inequidad engendra infinidad de violencias dispersas por reproducción de juegos de suma cero en los cuales lo que un competidor gana lo ha de perder otro. Riñas sumadas escalan a menudo a impases al desembocar en un juego macabro: todos los competidores pierden. La estopa de la envidia se empapa con el combustible de la soberbia y estalla con las chispas de las iras. Colombia padece de un maximalismo de las creencias cuyo molde originario es el Catecismo de Astete de 1599: 350 falsas preguntas que en realidad son imperativo de fe, cuadro agravado por el minimalismo de una ética reducida a etiqueta y una moral rebajada a moralina, tipificada en la Urbanidad de Manuel Antonio Carreño de 1852: por fobia al sexo y por horror a la plaza no se instituyó una ética para moderar conflictos privados y públicos.

A ello se suma la astucia del régimen. A diferencia de Perú donde las Leyes de Indias fueron recusadas con la extrema violencia de Gonzalo Pizarro y de Lope de Aguirre, los encomenderos mañosos de la Nueva Granada obraron con el dicho célebre: “se obedece, pero no se cumple”. El Arzobispo Virrey Caballero y Góngora decapitó a quienes habían pactado el fin de la revolución comunera en el siglo XVIII. Los magnicidios han sido recurrentes en la historia republicana siempre que aparecen figuras portadoras de nueva esperanza. Los efectos de las violencias graneadas pero constantes desde 1948 cuadruplican los asesinatos del Cono Sur. El régimen ha ejercido su poder con el hechizo de retórica civilista tramposa por medio de simulacros.

En lo mayor y en lo menor una sociedad muy conservadora padece de adanismo, ilusión de iniciar siempre a partir de nada, defecto conexo a visiones apocalípticas. Así ocurrió en el Departamento de Sociología luego de

expulsar al “chivo expiatorio”, el fundador convertido en encarnación del mal. Por fortuna, apareció un maestro insigne que propuso otro ideal para reparar el vacío dejado por la caducidad del lema del Seminario: constituir una sociología científica, nacional y política. Científica por apropiarse el pensamiento de los clásicos. Nacional por tornarlo pertinente. Política por su incidencia en la transformación del Estado.

En la baraja de los clásicos asumí el reto de asimilar el pensamiento de Talcott Parsons, ante todo imantado por el énfasis que otorgaba a la cultura y a la integración de la sociología con las ciencias sociales, incluido el psicoanálisis, aunque me distanciaba de su obsesión por el orden, la excesiva valoración de la racionalidad y el control de la llamada “conducta desviada”. Menuda tarea para un Marrano Congo. El apellido Parsons significa párroco y este vocablo quiere decir anfitrión. Algún colega calificó al teórico como un Santo Tomás del siglo XX. La comparación acertada por la vocación universal del norteamericano. Pero por sus ancestros este anfitrión anglosajón lo era de una tradición distinta: la del protestantismo ascético tal como fuera examinado por Max Weber, el mayor maestro de Parsons (PARSONS, 1970), como forma secularizada del cristianismo moldeado por la Reforma Protestante en la potencia norteamericana que fuera descrita por Ralph Dahrendorf como *La Ilustración Aplicada*, síntesis de la Revolución Francesa y la Revolución Industrial forjada por lo mejor de la tradición del pragmatismo como intención teórica y vez práctica.

Un año antes de la muerte del gran teórico en Munich, donde comenzara sus estudios doctorales, traduje con su autorización una preciosa semblanza retrospectiva de su trayectoria: *On Building Social System Theory* (PARSONS, 1970), a la que titulé a mi gusto como *Autobiografía Intelectual* (PARSONS, 1978, p. 19). A los treinta años, en 2009, en un seminario de conmemoración de la muerte, reedité el libro, esta vez incluyendo lo que por falta de tiempo y decantación omití en la primera ocasión: un sereno ajuste de cuentas, no tanto para enviar al patíbulo al ya muchas veces puesto en el paredón por innumerables críticos, sino para mostrar en sentido creativo el modo como su teoría me sirvió de andamio para diseñar mi propia *Teoría Dramática y **Tramática** de las Sociedades*, así como él había traducido a su

contexto de los Estados Unidos –imperial por cierto- el pensamiento europeo (PARSONS, 1979, RESTREPO, 2009), aunque sus interpretaciones como toda su teoría fueran tan disputadas.

Pobre Marrano Congo, pues lucía como demente asumir su enseñanza en años de efervescencia revolucionaria cuando una jauría de canes ladraba en pos del anacrónico estructural funcionalista cuyo diseño fuera zaherido por tirios y troyanos pese a su nuevo empaque cibernético: era como si fuera yo condenado a un exilio a la tercera potencia para habitar en el solipsismo al que aludí al inicio del ensayo. Por supuesto, tomé a Parsons como *sparring*: no hubiera podido elegir a nadie mejor. Porque sería como esa lucha de Jacob con el ángel (según mi interpretación su propio *daimon*) porque con esta excentricidad teórica acompañada con mi descenso a los infiernos de la nación podría beneficiar el *experimentum crucis* en la dirección de la *Teoría Dramática y **Tramática** de las Sociedades* por la cual he pugnado desde que escribí mi tesis de grado en torno a los dilemas de la construcción de teoría de la sociología norteamericana.

Quise escapar a la atrocidad de la atmósfera apocalíptica de los años setentas. Gané un concurso del Deutsche Ausland Stiftung Dienst, DAAD, de Alemania para estudiar el doctorado, seleccionando en primer lugar el Instituto de Frankfurt por la presencia de Jürgen Habermas, algunas de cuyas obras leyera y marqué como otras opciones Munich y Berlín. Recién casado, también ansiaba evadir la influencia demasiado orientada hacia el comercio de la familia de la consorte, donde un teórico sería tratado como... ¡un marrano congo! Para sorpresa, los funcionarios alemanes de Bogotá que realizaron la selección me comunicaron que de Bonn habían negado la beca, algo nunca ocurrido, pese a lo cual por gestión de ellos garantizaron un consuelo de dos meses de estudio del alemán en Baviera. Cuando fui con mi esposa aproveché para pasar por Bonn y preguntar por qué se me negaba lo que había ganado en franca competencia. El responsable me sorprendió, no tanto al indicarme que los lugares escogidos eran “rojos” – era la época del Baader Meinhoff – sino al indicarme que yo era sospechoso de ser espía de Alemania Oriental por haber cursado unos semestres de alemán con un profesor de Leipzig en una universidad bogotana.

¡El destino, me dije resignado! Al pasar de visita a Berlín Oriental quise visitar a un profesor que había escrito un libro *Information und Verhalten* que establecía discretos puentes entre la psicología de Pavlov dominante en Rusia con el análisis experimental de la conducta, que era la orientación asumida como credo por mi consorte: más inclinado yo al psicoanálisis, repelido por ella y por sus amigos, sería una forma de dialogar en el matrimonio que por milagro sobrevivió tres lustros a esa diferencia y, peor, a la medida de las hormas de los zapatos, que era el negocio familiar próspero de la tribu de la querida esposa. Preguntamos en la portería del edificio de la Karl Marx Universität por el profesor, pero fuimos sometidos a un interrogatorio severo, tanto que no cabía duda de que me tomaban por espía de Alemania occidental: los dogmas no admiten fisuras. Esta vez me reía del destino. Pues empezaba a sospechar que lo propio de un Marrano Congo es ser como el electrón, indescifrable, liminal y fractal, impropio como fermión para soluciones sólidas, espectral. Así que cuando a pocos años recibí respuesta muy positiva de Richard Münch – un gran estudioso de Parsons – para cursar el doctorado en Düsseldorf, no intenté repetir la experiencia, aunque más me urgía escapar del atroz país. Era como si debiera permanecer en el fogón para una cocción lenta de cuerpo, mente y alma: “En otro exilio”, como nombré la antología poética editada hace poco.

Y es que el tema del Marrano Congo se imponía una y otra vez. Purgando demasías de una experiencia muy breve en la Juventud Comunista en cuya célula universitaria militaran dos compañeros de ciencias sociales fundadores del M-19 y muertos en combate o asesinados como tantos otros (uno de cada cinco de los cincuenta que ingresamos a primer año universitario), en 1970 me declaré independiente. Y a los pocos años, ante el clima apocalíptico del movimiento estudiantil, me reuní con otros cinco profesores para editar tres números de un boletín titulado “Los profesores independientes tenemos la palabra”. Al poco tiempo debí declararme independiente de los independientes. ¿Razón? Las mentalidades en estos lares tienden a ser gregarias, movidas por la solidaridad mecánica y por ello se rigen por el principio de amigos o enemigos, como si obedecieran

a Carl Schmitt porque en cada parcela de tierra, de academia o espacio laboral siempre hay un “soberano”.

Obsesionado por indagar las causas que llevaran al movimiento estudiantil a acusar a Orlando Fals Borda por imperialista, para excusar mi tremendo error ético que me sirvió luego para no incurrir jamás en esa ingenuidad – auténtica lección de abismo-, dediqué muchos meses a consultar los archivos, también motivado por trazar la historia de la sociología colombiana. Entre más folios repasaba, más admiraba al fundador y más pena me daba mi equivocación. Por lo cual manifesté a los “independientes” mis reservas en torno a la pureza de su refundación adánica por la cual arrojaban a las cenizas el legado pretérito. Declarado independiente, a partir de allí me miraron como a un Marrano Congo. Mejor sería continuar orbitando en las puras ideas.

Pero había una excepción. ¿Cómo interpretar y qué hacer con la dimensión política en la tarea de construcción de una sociología científica y nacional? El gran maestro que proponía el ideario, un egresado de una Escuela Normal beneficiada con la presencia de exiliados europeos en los años cuarenta, no ocultaba sus anteriores inclinaciones estalinistas, obnubilado por el salto industrial logrado por la Unión Soviética demostrado en el triunfo sobre la Alemania Nazi. Es posible que a la muerte del legendario Stalin se hubiera inclinado a releer a Marx apoyado en Hegel y luego moderara su antigua afición al acudir a Max Weber, a quien estudió a fondo en el idioma alemán, como había leído a Lenin y Stalin en ruso. El centro de su interés teórico era el Estado y su poder para expandir la investigación científica y tecnológica. No obstante, en su discurso quedaba cierto resabio del leninismo y estalinismo cuando al explicar la dimensión política de la sociología predicaba la necesidad de “formar cuadros para el Estado”.

Así que mi primera travesía por entrecruzar la teoría de Parsons con la tarea política consistió en examinar la relación del Estado con la tradición científica de Colombia con mucho énfasis en el papel de las universidades y de la educación en las sociedades modernas, lo mismo que un marco para trazar el horizonte de la sociología de la ciencia en el ámbito de la sociología

de la cultura (RESTREPO, 1981), uno de los temas permanentes del teórico, patente por ejemplo en uno de sus últimos grandes libros, *The American University* (PARSONS, 1973).

Por una mezcla de azar y necesidad volví a ver a un amigo del último curso de secundaria con quien compartimos juegos y periodismo estudiantil, él conservador de la élite, yo medio anarquista experimental. Habían pasado casi veinte años. Él se había doctorado en economía en Berkeley y yo me esforzaba como sociólogo por comprender algo más que lo básico de ese saber. La ocasión era agradable pues fue en el contexto del mundial de fútbol celebrado en México. Poco antes el gran país había declarado la moratoria de pagos con la cual se iniciaría la llamada “década perdida”. Él era director de la poderosa Sociedad de Agricultores Colombianos. Como yo trabajaba entonces en torno a la tradición científica de Colombia centrada en el papel del sabio naturalista José Celestino Mutis (1732-1808), tan decisivo como precursor de la independencia, me solicitó unas notas para un discurso del candidato conservador progresista Belisario Betancur Cuartas (1923-2008).

Hasta ahí el azar. El candidato sería elegido presidente para el cuatrienio de 1982 a 1986. Y tras consultarlo con el presidente electo, el amigo, nombrado subjefe del Departamento Nacional de Planeación, me ofreció dirigir la unidad de Desarrollo Social en esa entidad discreta pero estratégica adscrita a la Presidencia, al frente de la cual permanecería cuatro años. ¿Qué se podía esperar desde el poder de un teórico y escritor? Pesó más lo segundo que lo primero, porque en un país con tanto desgarramiento y en condiciones de depresión económica era indispensable esmerar la retórica presidencial: no en todos los casos para engañar, por cierto, porque el presidente conservador se proponía nada menos que deshacer la Constitución de 1886 que con algunas reformas perduró un siglo exacto, con el agravante de que quien la instituyera fuera reputado como el más insigne de los conservadores y uno de los últimos presidentes llamados gramáticos, Miguel Antonio Caro (1843-1909: latinista, hispanista a ultranza y godo como pocos): aquello era como ejecutar un parricidio, pero el país demandaba ya salir tanto de esa cárcel constitucional, como del Frente

Nacional. Este había sido un reparto de poder entre los dos partidos tradicionales, liberal y conservador. “Apertura democrática”, se llamó el experimento que en alguna medida fue logrado al celebrar justo en el centenario de la vieja Constitución de 1886 el inicio de su caída que sería sellada con la nueva constitución promulgada en 1991 y firmada el mismo día de la muerte de mi querido padre, agosto cinco: durmió por siempre placiente en el estrecho cuarto de servicio de una casa modesta de clase media.

Así que por parte del poder se me extraería la plusvalía de dos mil páginas de escritura fantasma de todos los discursos de instalación de los cuatro congresos ordinarios y de cerca de muchos otros extraordinarios, más no pocos en ocasiones críticas, que las había cada quince días. Pero aparte de estos usufructos y de una competencia técnica que no me fue difícil demostrar, se me tomaba como figura para mostrar la benevolencia conservadora por la inclusión de un “izquierdista”. Esto por cierto me molestó, pues por lo dicho el valor máspreciado ha sido mi independencia de cualquier adscripción política, algo que debo a la lectura apasionada de Rousseau y de Kant. Aún así en un país tan conservador ello pronto salió a flote, pues cuando leí los fundamentos sociales del plan en el Consejo Nacional de Política Económica y Social el comentario del ministro de justicia, liberal, fue acusarme de “comunista” por postular estrategias tan elementales como descentralizar la planeación, consultar a las comunidades territoriales, promover la política indígena y otras semejantes. No obstante, como también postulaba la necesidad de hacer una segunda Expedición Botánica para fomentar la investigación científica y tecnológica, atractivo para el Presidente, y como la mayoría de ministros era de las regiones, la acusación no prosperó, pero debió hacer ruido.

No solamente no solicité, ni recibí ninguna retribución por una tarea que duplicaba la ya compleja como responsable de la planeación social, sino que tras la primera reunión luego de salir airoso de la instalación del Congreso con el primer discurso de 1983 deseché pertenecer al cenáculo más íntimo del poder. Gesto que el poder con toda su vanidad no solo no resiste, sino que castiga de modos efectivos, pues el boato virreinal no es

asunto del pasado. No me importaba, pues muy pronto deseché cualquier pase a una carrera como tecnócrata. Y si el Marrano Congo se sumía voluntario en el anonimato, con el orgullo de que nunca se me corrigiera una coma, era porque como escritor fantasma yo sería en no poca medida dueño de una palabra de poder: celebraba así con un verso escrito poco antes “el poder del no poder en la escritura”, pues fueron insistentes los acentos a favor de la paz, los derechos humanos y sociales, la justicia social y la reforma de la Constitución. El Presidente se servía de mí, pero yo me servía del Presidente.

¿Cumplía el destino designado por el maestro de convertirme en un “cuadro para el Estado”? Conociendo la entraña del poder pronto me burlaría de la célebre frase del admirado maestro. Al transcurrir muchos años bastaría una comparación para saber que nadaríamos en Colombia de para atrás: de 1983 a 2019 el porcentaje de inversión del PIB en Ciencia y Tecnología solo remontó de 0.19% a 0.23% y ello después de miles de rituales de propaganda, constitución de un ministerio de ciencia, dos misiones internacionales de ciencia y tecnología y miles de teatros barrocos: hasta ahí llegaría la adoración por el Estado como vector de cambio. Con mayor razón luego de la última experiencia en el gobierno como responsable de la política de reincorporación de 3.000 excombatientes entre agosto de 1990 y enero de 1992, en la Consejería de Paz de la Presidencia, en la cual todo mi éxito resultó en mi fracaso. Dirigía la política de paz un colega brillante economista de la Universidad Nacional asesinado en 1997 al salir de clase sin que se supiera quién. Se podía especular con cinco grupos interesados. Sólo hasta hace pocos meses los integrantes de las antiguas Fuerzas Armadas Revolucionarias admitieron que ordenaron la ejecución del mayor conocedor del problema agrario de Colombia quien soñó hasta el último momento en hacer la paz con la guerrilla más antigua de Colombia y una de las más longevas del mundo.

No solo había sido yo solo un Marrano Congo dolido como escritor fantasma que tenía el poder de la palabra pero no de la acción que siempre estaría vedada por la clausura política del país (y bien rogaba a Dios que me librara de la política), ni el diligente creador de estrategias serias de

reincorporación que solo han variado en número y complejidad. Frente al poder visto como el Amo en términos de Lacan yo sería siempre “el negro”, como llaman en Francia al escritor fantasma: siempre obediente a la predestinación como Marrano Congo, pero siempre insumiso.

Así que en lugar de seguir siendo un “cuadro para el Estado” – me pregunté entonces -, ¿por qué mejor no ser un círculo para la Nación? No dejaría de ser un Marrano Congo, y ahora con mayor razón por el deliberado y metódico descenso de estrato, de alianza, de poder, de fama, de alianza conyugal al que me precipité convencido de que ascendería a medida que cayera a los más hondos infiernos personales y a lo más tórrido de la Colombia Profunda, siempre que me auxiliara el espíritu con el leve poder de la pluma.

He obedecido al destino. Comencé a seguir las huellas de Orlando Fals Borda en el redescubrimiento de la nación profunda. Siempre entregado a mitos, me he propuesto “atravesar los valles” (es lo que quieren decir *Perce/val* y Parsifal: como escribiré en la novela, es proseguir tras otro fantasma, el Parse/**Fals**, por jugar con la densa ópera de Parsifal centrada en la épica por unir la fuerza (**techné**) con el amor (**poiesis**): por lo menos lo he logrado en mis transformaciones y lo he articulado a la teoría para comprender nación y mundo.

Los últimos seis años el Marrano Congo ha recogido sus pasos y el alma encerrado en otro seminario en la periferia de la periferia de Colombia, una región fronteriza de la Orinoquía, esta vez tan abandonado el seminario de habitantes que es más bien el refugio de un Ermitaño. Todavía en los sueños aparecen y reaparecen los fantasmas e imagino que ya pronto me uniré a todos ellos y ellas como anfitrión en tanto Marrano Congo en la novela y luego en el más allá: los fantasmales abuelos paternos, el poeta maldito y la inefable consorte llevada por la pandemia, el abuelo materno sepultado por el tifo, la abuela paralítica, los padres, Diógenes el Can, mi hermana difunta, el hermano mayor/menor, el misionero jesuita, tantos compañeros de travesías asesinados en la ruta, los maestros cercanos y remotos de Aristóteles a Spinoza y Agamben entre miles, el “negro sarnoso

brasileño”, Changó encarnado como Santa Bárbara, *Parse/Fals*, el poeta Rilke e incluso la fantasmal Ester y por supuesto la puta Violeta.

Referencias:

ABRAHAM, Nicolas y TOROK, Mari. **Cryptonimie**. Le Verbier de L'Homme aux loups. Paris: Flammarion, 1976.

ABRAHAM, Nicolas y TOROK, Marie. **L'Écorce et le Noyeau**. Paris: Flammarion, 1978.

AGAMBEN, Giorgio. **Homo Sacer**. El poder Soberano y la nuda vida. Medios sin fin. Valencia: Pretextos, 1998

AGAMBEN, Giorgio. **Lo que queda de Auschwitz**. El archivo y el testigo. Homo Sacer II. Valencia: Pre-textos, 2000.

ARISTÓTELES. **La Política**. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1989.

BATESON, Gregory. **Pasos hacia una ecología de la mente**. Buenos Aires: Lumen, 1997.

BAUMAN, Zygmunt. On writing sociology. **Theory, Culture & Society**, London 17 (1), SAGE: 79-90, 2000.

BENVENISTE, Émile. **Vocabulario de las Instituciones Indoeuropeas**. Madrid: Taurus, 1983.

CANETTI, Elías. **Masa y Poder**. Madrid: Alianza, 1987.

CASTORIADIS, Cornelius. **Sobre el Político de Platón**. Madrid: Trota, 2004

DELEUZE y GUATTARI. **Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia**. Valencia: Pre-textos, 1994.

DIAMOND, Garret. **Armas, Gérmenes y Acero**. Breve Historia de la Humanidad en los 13.000 Años. Bogotá: Mondadori, 2007.

DERRIDA, Jacques. **L'écriture et la différence**. Paris: Seuil, 1967.

DESCARTES, René. **Meditaciones Metafísicas**. Disponible en PDF <https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/4/1566/4.pdf>, descargado 28/03/2020.

FALS, Orlando. **Retorno a la Tierra. Historia doble de la Costa**. Tomo IV. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1986.

FOUCAULT, Michel. **Hermenéutica del Sujeto**. Madrid: Piqueta, 1994.

FOUCAULT, Michel. **Los anormales**. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.

FOUCAULT, Michel. **La hermenéutica del sujeto**. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.

FOUCAULT, Michel. **El gobierno de sí y de los otros**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.

FOUCAULT, Michel **El coraje de la verdad: el gobierno de sí y de los otros**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.

FREUD, Sigmund. Análisis de un Caso de Neurosis Obsesiva. Caso “El Hombre de las Ratas”, (1909) En: **Obras Completas**. Buenos Aires: Editorial El Ateneo. Tres tomos, Tomo II: 1441-1486, 2008a.

FREUD, Sigmund. Análisis terminable e interminable (1937). En: **Obras Completas**. Buenos Aires: Editorial El Ateneo. Tres tomos, Tomo III: 3339-3364, 2008b.

FREUD, Sigmund. Lo Siniestro (1919). En: **Obras Completas**. Buenos Aires: Editorial El Ateneo. Tres tomos, Tomo III 2483-2505, 2008c.

GANDHI. **El Bhagavad Guita de acuerdo a Gandhi**. Evangelio de la acción desinteresada. Buenos Aires: Kier, 2002.

GARCÍA DE DIEGO, Vicente. **Diccionario ilustrado Latino-Español, Español-Latino**. Barcelona: Spes, 1958.

GONZÁLEZ VARELA, Nicolás. 'Cierta negro brasileño leproso' un sueño político-filosófico de Spinoza. En: **rebellion.org/cierto-negro-brasileño-leproso-un-sueño-político-filosofico-de-spinoza-i/**, 2012, descargado en 22/02/2021.

HALIFAX, Joan. **Shaman. The wounded healer**. London: Thames and Hudson, 1982.

HARARI, Yuval Noah. **De Animales a Dioses**. Breve Historia de la Humanidad. Bogotá: Penguin Random House, 2019.

HUME, David. **A treatise of human nature**. Londres: Fontana-Collins. Dos tomos, 1972.

KIRK, G. S. & J. E. RAVEN. **Los filósofos presocráticos**. Madrid: Gredos, 1979.

LACAN, Jacques. **Seminario XXIII, 1975, El Sinthoma**. Buenos Aires, Paidós. Disponible en PDF en: <https://www.bibliopsi.org/docs/lacan/28%20Seminario%2023.pdf>, 23/04/2021.

LATIN AMERICAN STUDIES ASSOCIATION, LASA. Dossier. El pensamiento de Lélia González, un legado y un horizonte. En: **Forum** (LASA): 50:3, Summer 2019: 41-79.

LEVINAS, Emmanuel. **Totalidad e infinito**. Ensayo sobre la Exterioridad. Salamanca: Sígueme, 1987.

NIETZSCHE, Federico. **Ecce Homo**. En: **Obras Completas. Tomo IV. La Voluntad de Dominio. El Ocaso de los ídolos. Ecce Homo**. Buenos Aires: Aguilar, 1967, 637-723.

NOVALIS. **Werke**. München Verlag C.H. Beck, 1969.

OTTO, Rudolf. **Lo santo**. Barcelona: Alianza, 1980.

PARSONS, Talcott. On Building Social Systems Theory: A personal History, en: **Daedalus**, Vol. 99:4 (Fall, 1.970), p. 826 – 88.

PARSONS, Talcott. **American University**. Cambridge, Massachussets: Harvard University Press, 1973.

PARSONS, Talcott. **Autobiografía Intelectual**. Elaboración de una Teoría del Sistema Social. Traducción de Gabriel Restrepo. Bogotá: Tercer Mundo, 1978.

PARSONS, Talcott. **Autobiografía intelectual**: Elaboración de una Teoría del Sistema Social. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009.

RESTREPO, Gabriel. Elementos teóricos para una historia social de la Ciencia en Colombia”. **Ciencia, Tecnología y Desarrollo**. (Revista de COLCIENCIAS). Bogotá, julio a septiembre de 1981. Volumen 5, número 3, páginas 255 a 382, 1981.

RESTREPO, Gabriel. La traducción teórica y la obra de Parsons como deuterio-aprendizaje. En: PARSONS, Talcott. **Autobiografía intelectual**: Elaboración de una Teoría del Sistema Social. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009.

RESTREPO, Gabriel. Grothendieck, o el pasaje al fin de la melancolía. En Zalamea, Fernando: **Rondas en Sais. Ensayos sobre matemáticas y cultura contemporánea**. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2013.

RESTREPO, Gabriel. Seguir los pasos de Orlando Fals Borda: religión, música, mundos de la vida y carnaval. En: **Investigación & Desarrollo** (Universidad del Norte, Barranquilla). Vol. 24, No. 2: 199 – 239, 2016.

RESTREPO, Gabriel. Teoría Dramática y **Tramática** de las Sociedades: *Experimentum Crucis* tejido en punto de cruz. En: **Realis** (Universidad Federal de Pernambuco). Vol. 9, # 1, jan-jun: 143 – 177, 2019.

RESTREPO, Gabriel. **América Ladina**. Una Razón Potente. *Poiesis*, Don, Eros, Ágape. Ensayo próximo a aparecer en la Revista de la Universidad del Salvador de Buenos Aires, 2021a.

RESTREPO, Gabriel. **Hacia una Sociología y unas Ciencias Sociales aproximadas a la Filosofía y a la Poesía.** Ensayo inédito, 2021b.

SLOTERDIJK, Peter. **Extrañamiento del mundo.** Valencia: Pre-textos, 2001.

SLOTERDIJK, Peter. **Experimentos con uno mismo.** Valencia: Pre-textos, 2003

SLOTERDIJK, Peter. **Du musst dein Leben ändern.** Frankfurt: Suhrkamp, 2011

SPINOZA, Baruch. **Obras completas.** Madrid: Bergua, 1967.

SPINOZA, Baruch. **Correspondencia.** Madrid: Alianza, 1988.

TATIÁN, Diego. La Potencia de los Esclavos. Conjetura sobre un Silencio de Spinoza. En: **Co-Herencia** (Universidad EAFIT, Medellín), Volumen 15, número 8, Enero - Junio de 2018, pp. 225-244.

WATKINGS, Gilbert. **The American Heritage Dictionary of Indo-European Roots.** Boston: Houghton Mifflin, 2000.

ZALAMEA Fernando. **Modelos en Haces para el Pensamiento Matemático.** Bogotá: Universidad Nacional de Colombia y Editorial Nomos, 2021.